

Cuentos del paraíso de las islas

12-02

Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 18/11/2023
Número de páginas: 14
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

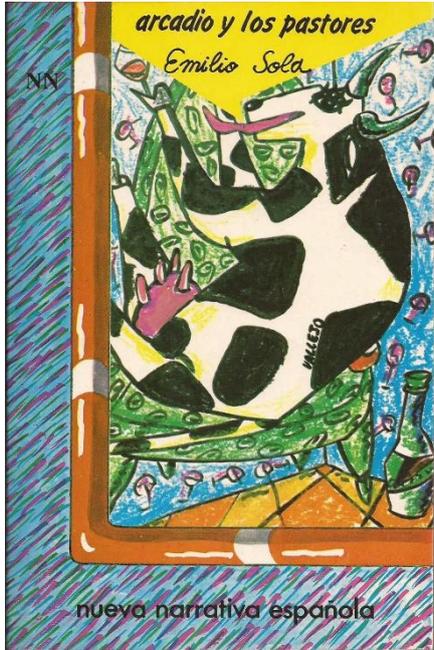
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

Cuentos del paraíso de las islas

12

02 Arcadio y los pastores



“Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)” fue publicado en 1986 por Ediciones Libertarias, una editorial fundada por Antonio Huerga y Charo Fierro, que luego vendieron su fondo a Produfi, con lo que pasó a denominarse Libertarias-Produfi. Su tiempo literario es en torno al año 68 después de la Gran Guerra (GG) y muerte de Juan Bravo (JB), unos 16 años después de la muerte de don Borondón el Antiguo, en la cronología utilizada en el llamado “Paraíso de las islas”, en el que viven los redactores o amanuenses, y nosotros mismos también sin duda. El texto procede, como siempre estos relatos, de la Biblioteca de don Borondón o del Naranjal, y uno de sus personajes es precisamente Fito Naser, quien está ahora al frente de esa casa y biblioteca habitada que fue la casa de don Borondón o del Naranjal, junto con el protagonista principal del relato, incluido en su título, Arcadio, Arcadio el hijo de Ulrica.

En el Archivo de la frontera hay una primera edición digital de 2015, que puede consultarse aquí:

<http://www.archivodelafrontera.com/e-libros/arcadio-y-los-pastores-novela-africana-y-pastoril/>

La presente edición se hará en 21 fragmentos, tal vez 22 en total, para hacerlos breves en esta segunda edición digital, ocho años después de la primera, para que resulten más legibles:

12-00, 12-01, 12-02, 12-03, 12-04, 12-05, 12-06, 12-07, 12-08, 12-09, 12-10, 12-11, 12-12, 12-13, 12-14, 12-15, 12-16, 12-17, 12-18, 12-19, 12-20, 12-21

He aquí el índice del relato, según la edición en papel de 1986:

INDICE

PRIMERA PARTE

1. Simón el Mago y la Casa despertador de pájaros.	9
2. Conversaciones de Simón el Mago y Sidi Abdelhakim Bushacor sobre el padre del cuchillo	13
3. Las leyendas de Hamam Masjutin, el baño de los maldecidos, y la fiesta de la flor y de la pintura de Suk Ahrás.	22
4. El grupo del valle del Mago	32
5. La compañía de Leila Naser en Guelma y los amores de Leila V y Estambuli Entrambosaires	40
6. Leila Naser madre, IV para entendernos, Leila hija y Estambuli charlan sobre el pasado.	50
7. Filis, Yeni y el grupo del valle del Mago	61

SEGUNDA PARTE

Introducción del amanuense con homenaje a un viejo amanuense, ex-agobiado, desaparecido

1. La vida en el valle del Mago, con el cambio de amanuense en el relato y la historia de Claudia Auani y Flora Abenza	75
2. Don Fion y Claudia Auani en el calvero del perro y de la cabritilla	87
3. La compañía de Leila Naser en el valle del Mago	97
4. Los rebaños de la transhumancia en el valle del Mago, con la historia de Catalina Ivanova, la niña meada por los perros	106
5. La breve experiencia de transhumancia de Leila Naser V, con una interpolación amplia del amanuense segundo de este relato	114
6. Los amores de Alí Hamuín y Claudia Auani, con la preñez de ésta y su abandono del valle del Mago	124
7. El dramático llamamiento del demógrafo Paulov	134

TERCERA PARTE

Introducción del segundo amanuense, con nuevo homenaje al amanuense ex-agobiado

1. Historia de Yosín y respuesta de la gente al llamado de Cristino Paulov.	145
2. Los niños de mayo. La Coronela en el valle del Mago y primera infancia de Arcadia Copruku	150
3. Disgresiones del amanuense sobre la dinastía de las Leilas Naser	166
4. Sobre Olga Marruz y sobre el tercer año de la experiencia simoniana, con los preparativos primeros para la Universidad ganadera de Hamam Masjutín.	177
5. Muerte de Sidi Abdelhakim Bushacor y abandono de Arcadio del valle del Mago. Algunas consideraciones sobre la toma de Casentina.	187
6. El viaje de Arcadio por el paraíso de las islas, mensajero o embajador de la "Arcadia feliz", y susto a su regreso a Guelma	199
7. Arcadio en la toma de Casentina, con la fiesta de la matanza del cerdo y del cordero, accidente de Arcadio y preparativo final del viaje con Fito Naser fuera de la Arcadia. . . .	210
Dedicatoria y Final	223

Este amanuense —uno de ellos— jamás la logrará olvidar. Parte muy íntima suya ha sido. Aquella luz.

La casa-despertador de pájaros había sido construida, medio en broma medio en veras, por la primer promoción de la universidad ganadera del viejo Simón, según diseño informal de un discípulo de Pinto Godinho garabateado a dictado de palabras del propio Simón el Mago, y con materiales de construcción simples —adobe, vidrio y madera— de fabricación local. Una cocina de trébedes en un rincón, con amplia campana chimenea, y una espaciosa plataforma-mesa con banco corrido en torno en el rincón opuesto, y ante un amplio ventanal que hacía esquina, sobre la llanura, eran los dos únicos elementos inamovibles del interior de la dicha casa-almacén; espacio nítido, con el tiempo y el uso se iría estructurando en dependencias diversas que las funciones se encargarían de articular convenientemente, verdadera gran jaima —y en este caso el término podía utilizarse con más propiedad que en el caso de la casa-jaima de Zeralda, tan famosa pero de más caprichosa denominación— inmóvil y espectacular espacio abierto.

Durante los tres años que duró la experiencia simoniana de sedentarización de manadas de la zona, el llano de la casa-despertador de pájaros y la casa misma se convirtieron en lugar vedado —con el consentimiento de las poblaciones cercanas tras un período de tiempo de explicación del proyecto en asambleas itinerantes que se convertían en fiesta al atardecer—, salvo para los grupos poco numerosos —no más de seis personas, casi siempre Simón el Mago entre ellos— que participaban activamente en el proyecto. Precisamente de esos grupos había de salir el núcleo inicial de la universidad ganadera de Hamam Masjutín, la experiencia y sabiduría del Mago prendió —curso monográfico de excepcional intensidad aquellos tres años— con particular feracidad en aquella chavalería.

2.—Cuando Simón el Mago llegó a la región de Hamam Masjutín y Guelma no llegaba, en absoluto, a tierras que

no conociera o en donde no tuviera amigos. En sus años de estancia en la zona de la gran muralla verde —aunque había estado con preferencia en los pueblos de Hamuínnes—, había realizado no pocos viajes al norte, a la costa —sobre todo a la casa-jaima de Zeralda y a la ciudad de los vientos, en donde tenía buenos amigos y de donde el padre del cuchillo había partido para su periplo final por el anti-mar o infinito arenal y pedregal del sur— e incluso a islas mayores y menores mediterráneas en busca de refuerzos para los trabajos sahelianos cuando éstos necesitaban de nuevos aportes humanos. Había sido el Mago no sólo eficiente y experto ganadero sino inmejorable mensajero. El propio Prisciliano Manfredi, la primera vez que le viera al año siguiente de la entrevista en Ibiza, en la casa del huertito de los almendros y tras la que Simón el Mago se había decidido a dejar las islas y la costa y viajar al sur, a los trabajos de la gran muralla verde, el propio Prisciliano había de felicitarle por las hermosas historias —tan pronto— que comenzaban a contarse por las islas de su trabajo allí; sus primeras intervenciones en asambleas hamuínnes, la operación de integrar a los niños y muchachos del desierto en las diferentes comunidades de la costa y de las islas con su contrapartida de llevar hacia el sur a simple vista árido e inhóspito a lo más granado y divertido de la muchachada de la costa e isleña, la racionalización de la información para que todo recién llegado pudiera colaborar en los diversos trabajos de forestación, agrícolas y ganaderos y no —como en tiempos de los viajes al sur de Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo— únicamente como animadores de las atractivas y subyugantes veladas del atardecer y de la noche, tantas experiencias hermosas, en fin, como llegaban a la costa adornadas por innumerables detalles de vivencias personales de los viajeros, habían tejido en torno al Mago una verdadera rica trama de leyenda.

El primer viaje de Simón el Mago a Hamam Masjutín había sido casi turístico, de paso hacia Túnez y Sicilia, y se había detenido allí únicamente para saludar a amigos de amigos para quienes traía cartas y regalos y para ver

la cascada petrificada, que decían, que desde niño recordaba por un álbum de cromos de las maravillas del mundo que había coleccionado. Se alojó, en aquella su primera estancia, en la casa de sidi Abdelhakim Bushakor, hombre que en su juventud había sido un gran viajero por las islas y que, ya maduro, se había instalado en Guelma y Hamam Masjutín y había pasado a dirigir un centro de rehabilitación —ya existente con anterioridad, pero que había ido progresivamente deteriorándose o degradándose al paso de los años y paralelamente a la decadencia de la región— que intentaba por entonces coordinar con las experiencias comunitarias de lo que ya se conocía por el paraíso de las islas.

Conservaba sidi Abdelhakim aire raramente juvenil en su plena madurez, aire juvenil que se acentuaba cuando —con frecuencia en él— sonreía, y en su frente muy despejada abundantes cicatrices dibujaban como un mapa misterioso o plano que él gustaba explicar que, en el espejo, reproducía con exactitud el itinerario de sus viajes juveniles por la costa como luchador y masajista. Tenía, a pesar de ser un verdadero atleta en activo, una muy particular teoría sobre el deporte y el ejercicio físico; pensaba sidi Abdelhakim que las actividades deportivas continuadas, los ejercicios gimnásticos, debían estar reservados únicamente para los chavales en desarrollo —no más allá de los 20 o 22 años— y para la rehabilitación, nunca debían de ser actividad principal de hombres con su cuerpo bien formado ya y, mucho menos, de hombres maduros o viejos; incluso aquellos que desarrollaban una función en la que el esfuerzo físico fuera primordial —gente de mar, canteros o mineros u obreros en general para cuyo trabajo el esfuerzo muscular fuese importante— no debían dedicar su ocio a actividades deportivas sino intelectuales, no debían intentar mantenerse en buena forma al margen de los ejercicios a los que les obligara su propio trabajo. Y en el caso de aquellos que por su función tuvieran una demasiado sedentaria vida cotidiana, no debían intentar superar la posible atrofia física de su cuerpo con ejercicios gimnás-

ticos sino con cambio periódico de actividad —jardinería, o trabajos agrícolas o pastorales, pesca en el mar o trabajos peoniles, por ejemplo— o, a todo más, con excursiones o paseos o baños de mar o actividades físicas de movimientos no tabulados o prefijados, sin plan. No era indiscutible su teoría —para algunos, incluso, muy discutible—, pero de seguro que sus buenas razones tenía sidi Abdelhakim para pensar así.

Estaba la casa de sidi Abdelhakim Bushakor abarrotada de chiquillería bulliciosa y enredadora, lo que sorprendió sobremanera a Simón el Mago; cuando le hizo notar su sorpresa al anfitrión y le preguntó si todos eran hijos suyos —por las edades, a simple vista, sólo podía ser así por partos múltiples, de gemelos o mellizos a quintillizos, o por poligamia de “poli” generosa— sidi Abdelhakim acentuó su sonrisa, casi llegó a la carcajada, y le contestó que según lo que él entendiera por hijo, de cómo él concibiera la paternidad, pero que, en principio, podía afirmar que sí, que todos, o casi todos, eran hijos suyos, y ésto sin contradecir en absoluto las sugerencias que medio siglo largo atrás Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo, había dejado bien clarificadas, tesoro cultural incorporado por tantos y tantos grupos del paraíso de las islas. Una de las múltiples fórmulas de destrucción de la paternidad —y sidi Abdelhakim seguía sonriente— es multiplicarla de tal manera que resulte imposible la relación tradicional-burguesa— lo que quieras paterno-filial; ninguno de aquellos muchachuelos —ni siquiera los dos y... medio (y decía medio sidi Abdelhakim en risa abierta) que podía considerar carnalmente suyos— sentía por él afecto diferente o esperaba de él relación diferente a los que pudieran tener o esperar los hijos del vecino. A Simón se le contagió la risa de su anfitrión —se habían instalado en una de las terrazas altas más alejadas del gran patio interior en donde la chiquillería seguía sus juegos felices bajo la más o menos atenta vigilancia de hasta una docena de muchachos y muchachas ocupados en faenas de cocina y talleres— y le comentó que le consideraba, en verdad, un verdadero revisionista

de lo que se llamaba “doctrina del padre del cuchillo”, de feliz memoria. Había tocado Simón, sin pretenderlo —realmente no se conocían sino de vagas referencias, y era aquella la primera entrevista y primera conversación que mantenían los dos hombres—, uno de los temas predilectos de reflexión de Sidi Abdelhakim.

—Memorable, el padre del cuchillo, y me alegra sobremanera que conozcas bien su legado —comenzó el ex-luchador y masajista magrebí—. Me alegra porque eso permitirá que mantengamos una enriquecedora conversación de las que sólo son posibles entre gente generacionalmente próxima pero de marcadas diferencias vivenciales a la vez.

Simón el Mago no había conocido personalmente al padre del cuchillo; su llegada al ya nacido paraíso de las islas había tenido lugar justo en el tiempo en el que todos los grupos recordaban su muerte o desaparición reciente, pero todo lo que de él se decía había bastado para que creyera tener una idea muy aproximada de lo que aquel hombre ejemplar había significado. Y, por supuesto, su amistad con Prisciliano Manfredi, tal vez uno de los más cercanos o próximos al desaparecido. Tomaron un té que una chiquilla encantadora les subió a la terraza y —aunque ninguno de los dos era fumador— Sidi Abdelhakim rogó a la muchachita que les subieran uno de los narguiles de la casa con agua de jazmín.

—Es para mí Lauari Bujudmi el gran restaurador de la asabiyya jalduniana —de hace más de medio milenio en cuanto a su formulación— como vínculo operativo del grupo; su revisionismo, al superar la asabiyya como solidaridad agnática o familiar por línea de varón, lleva consigo la destrucción de la misma asabiyya clásica y el alumbramiento de la nueva, ave fénix, la nuestra, la del paraíso de las islas.

No eran extrañas aquellas consideraciones para Simón el Mago, su tiempo de vida en el territorio Hamuín le había hecho ser partícipe de aquel proceso, pero le interesó especialmente la exposición que sidi Abdelhakim iniciara,

aquella visión novedosa que le participaba de la herencia del padre del cuchillo.

—La asabiyya, típica manifestación de la solidaridad tribal en medio hostil, captó el padre del cuchillo que debía ser —ella o algo similar— uno de los motores de la gente en movimiento; mucho debió meditar en el sur sobre ello, en sus viajes periódicos, y mucho debió estudiar a los grupos del sur y a los nuevos grupos que llegaban de visita para llegar a aquella síntesis genial suya de destrucción de la paternidad, destrucción del parentesco, para que la asabiyya dejara de ser algo superficial —mi primo, mis hermanos como base— y pasara a ser la gran asabiyya: la gente como base, la solidaridad sin más con los cercanos, todos.

Simón el Mago sentía las palabras de sidi Abdelhakim con tal realidad física que le hacían estremecer, aún mucho tiempo después al recordarlas, se le erizaba el vello de los brazos en algunas ocasiones, talmente como si de la lluvia sobre su cuerpo se tratase en otras. Le miraba mudo.

—La familia, la tribu, la ciudad, el estado, la nación... todo dejaba de tener sentido ante el avance de la antigua asabiyya transfigurada. Y el medio hostil; la gran guerra y las burdas y duras relaciones de producción de su tiempo, con aquellas manifestaciones extremas de la chavalería —“yo no quiero ser soldado”, “no quiero ser obrero”—, necesitaban una respuesta contundente, precisamente la que dieron nuestros viejos venerables, la que los amanuenses están intentando relatar, la que Pinto Godinho dibujara o pintara... la que dieran en llamar el paraíso de las islas.

En otra de sus entrevistas posteriores —no recordaba si la tercera o la cuarta—, en esta ocasión de regreso al sur con los jóvenes hamuínas Warda y Nuredín el año de la muerte de Borondón el Babilónico y tras un rodeo que les apartara del itinerario lógico casa del naranjal-gran muralla verde occidental precisamente para visitar a sidi Abdelhakim, breve estancia aquella ante las prisas de Nuredín por llegar a su región de origen para preparar viaje a Alejandría pero lo suficiente para relatar los últimos sucedidos en la casa de un Borondón encaramado en la plataforma

circular en sus últimas semanas de vida, Simón el Mago —un tercio de la recordada aún hoy cuarentena de su vida transcurrido— fue recibido por un sidi Abdelhakim —mediada se década de sexagenario— de amplia sonrisa habitual y con un niño de unos cinco años en brazos —hermosísimo chiquillo de tez muy blanca, ojos oscuros y pelo ensortijado en rizos de oro—, que jugueteaba con las bolillas de ámbar y abalorios del collar que el viejo llevaba al cuello y en ocasiones miraba a los recién llegados con los ojos muy abiertos y una seriedad que sólo perdía al retomar su juego, ajeno a la conversación.

“Este es Arcadio”, les había dicho sidi Abdelhakim, y el niño les había mirado con sus ojos y seriedad profundos un instante antes de reanudar el juego de los abalorios; la hamuína Warda le había hecho una caricia y el viejo Ad-delhakim, mientras se encaminaban a la azotea y tras dejar al niño Arcadio en el patio con los otros chiquillos, les explicó que era hijo de una chica nórdica, Ulrike, allí llamada Ulrica, que unos años atrás había llegado a la zona de paso para el sur con otras compañeras suyas en busca de muchas cosas; entre otras —y sidi Abdelhakim se mostraba especialmente jocoso—, “de un marido negro de ancha polla y buen carácter”; la chica Ulrica no había necesitado seguir viaje pues allí se había enamorado de uno, aunque no del todo negro sí moreno, y había decidido quedarse en el lugar para disfrutar del que para ella resultara excepcional amante y para colaborar con los grupos en formación. Fruto de aquellos amores había sido el niño Arcadio, allí nacido y allí crecido, su madre Ulrica nuevo habitante de la región desde aquellas fechas. Simón el Mago creyó recordar la expedición de muchachas nórdicas a su paso por la zona de la gran muralla en donde vivía, años atrás, no demasiados, pero no supo dar razón de si alguna —tantas gentes pasaban, se instalaban, se iban, regresaban...— había encontrado entre los hamuínes lo que buscaba, aunque nada extraño hubiera sido.

—Es prodigioso lo del viejo Borondón —había comentado sidi Abdelhakim, una vez el Mago, con la ayuda de

Warda y Nuredín en ocasiones para alumbrar algún puntito confuso de su memoria, había terminado de relatar la reciente “entronización” del Antiguo en la plataforma—. Recuerdo que le conocí en Ibiza, en la casa del huerto de los almendros, el año del nacimiento del hombre del cuchillo verde Ahmed Pujol. Fijaros que yo sería más joven que el Pujol hoy, que debe andar mediando la treintena, y el Antiguo debía tener bastantes más años que yo tengo ahora, en la mitad de mi tiempo de sexagenario... Un verdadero prodigio de longevidad, y, además, activa. Verdaderamente envidiable.

Se quedó pensativo unos momentos el viejo masajista y luchador y ninguno de sus contertulios —además de Simón y el muchacho y la muchacha hamuñes, media docena más de personas entre las que se encontraba Leila Naser IV (su hija Leila Naser V, niña aún, andaba por el patio de juegos con otros niños), en la región desde finales de primavera en estancia larga de estudios de adaptación para sí misma y su hija, la casa del naranjal demasiado poblada de mujeres de su familia, muy interesada sin embargo en lo que en ella estaba sucediendo y a donde había de volver arrastrada por las noticias que llegaban tras la muerte del Babilónico—, nadie, decía, osó romper aquel silencio a la espera de un fluir de la narración sobre tesoros que guardaba su ya rica memoria, como sucedió.

—El padre del cuchillo estaba también allí, recuerdo. En torno a un catre que habían instalado para la recién parida bajo los altos pinos que separaban el huertito de los almendros del mar recuerdo que surgió una improvisada reunión de amena charla; hasta el bebé Pujol, que comenzaba a abrir los ojos —y el viejo Abdelhakim mostraba sonrisa abundosa—, parecía escuchar. Se trataron temas relacionados con la restauración de Palermo, en la que Rocco Consales se había encerrado, y con el nacimiento de la nueva Esmirna modular de hijos del agobio, comidilla por entonces de todas las islas y la costa. Y el padre del cuchillo y el Babilónico se enzarzaron en una discusión interminable y divertida sobre la libertad y la solidaridad, sobre la vejez y

la libertad, sobre la soledad y la solidaridad —allí comprendí la superación de la aparentemente contradictoria “soledad solidaria”—, sobre el porqué de la atracción que ejercían los grupos del paraíso de las islas sobre las sociedades del interior y del norte, sobre la absoluta necesidad de ser feliz sean las que sean las circunstancias individuales y la conveniencia de preparar un escenario o un entorno adecuado para la explayación de esa felicidad, única acción que, en el fondo, le es dado al hombre... Prodigioso Borondón, prodigioso Bujudmi... El colmillo verde titilaba por entonces en boca del padre del cuchillo y era signo su destello de “victoria” —por decirlo de alguna manera— dialéctica frente a aquel viejo hermoso Borondón defensor a ultranza de su “difícil libertad”, si no “imposible libertad”, en palabras suyas. Para el viejo Borondón primaba esa “imposible libertad”, para Lauari Bujudmi, cayera quien cayera, primaba la viabilidad del grupo, el triunfo final del ser solidario como clave de posible felicidad para un nuevo cada cual que no importaba que fuera menos libre —y aquí el Babilónico casi perdía la cortesía que le caracterizaba—, primaba la nueva asabiyya por él puesta en pie y presta a andar, aunque nunca en su vida que yo sepa la denominara así...

Allí sidi Abdelhakim dejó vagar su mirada por el cereal y cobreño atardecer y todos respetaron su segundo silencio. La terraza tenía la densa vibración de los templos de las religiones antiguas en el momento culminante de la ceremonia religiosa. Continuó, su vista aún inmersa en la atardecida, gesto sonriente.

—También llegué a comprender en aquella ocasión que los grupos del paraíso de las islas, que ya podía llamar míos, seguían siendo, a pesar de su desbordante vitalidad, los más pobres de la tierra. Nada propio tenían, todo era compartido... pero en su proyecto no entraba el tener —y aquí Abdelhakim fijó de nuevo su mirada en los contertulios y terminó encarándose con Simón—: era esa precisamente su riqueza.

Al día siguiente, muy temprano, Simón y los dos mu-

chachos Hamuíns salieron para el sur, hacia el sector occidental de la gran muralla verde. Desde el camioncito que los llevaba al aeropuerto saludaron al viejo Abdelhakim que había salido a despedirles con el niño Arcadio en brazos.

3.—Era el tiempo de la fiesta de la flor y de la pintura cuando Simón el Mago pasó por la región de Guelma la última vez antes de su instalación definitiva allí, finales de mayo. Desde hacía casi un siglo, desde antes de la Gran Confederación Centro-Sur, cerca de Guelma, en Suk Ahrás, un poblachón agrícola próximo a la antigua frontera argelino-tunecina, se celebraba anualmente la fiesta —una semana de finales del mes de mayo— así llamada, la fiesta de la flor y de la pintura. Hasta poco antes del lanzamiento de la Gran Confederación, en su primer medio siglo aproximado de vida, se había celebrado bajo el lema de “Arte y Revolución”, pero esa denominación había sido sustituida por el nombre que llevaba, más adecuado a los nuevos tiempos y al espíritu de ellos. Cada dos años, y desde antiguo, era internacional la muestra, una verdadera bienal. Todo el pueblo, y en particular la población infantil y juvenil, se echaba a la calle en esos días y acogía con actos culturales de todo tipo a los invitados llegados del exterior para esa celebración; las sesiones de pintura colectiva al aire libre, por todos los rincones del pueblo, en cualquier lugar medio abierto o plaza, en paneles de grandes dimensiones, era manifestación de gran espectacularidad y belleza. Niñas que plasmaban sus sueños de jardines abarrotados de flores, árboles, pájaros y fuentes cercando pueblecitos de casas diminutas y blancas de terrazas soleadas y poblados de muñequitos de túnicas multicolores y tocados fantásticos; niños que dibujaban cabalgadas antiguas y escenas pastorales en colinas de verde brillante con bosquecillos tupidos y palmerales en llanos amarillos que se perdían en la lejanía; muchachos y muchachas que pintaban fantásticos paisajes y ciudades de innumerables cúpulas y torres inventa-